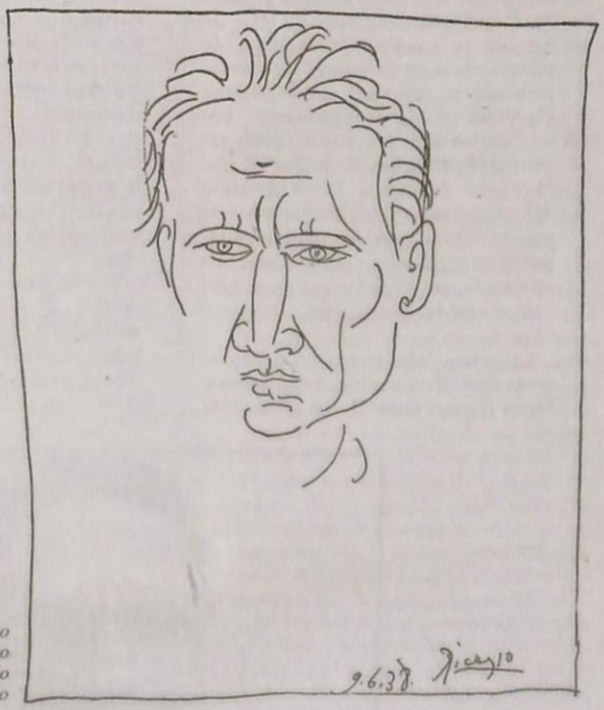
Leopoldo DE LUIS

César Vallejo, o la poesía de la congoja

César Vallejo murió —y ya es un tópico recordar a París con aguacero, según premonición de su conocido poema— antes de que la guerra civil española cesase en armas. La guerra había conmocionado, por así decirlo, sus perplejidades y sus obsesiones, que al asumir la tragedia vinieron a ser más universales y profundas. *España, aparta de mí este cáliz* no sólo es un gran libro: es la culminación de una poética de congoja, donde la muerte, la adversidad, el desamparo cobran proyección histórica y, a la vez, ambición utópica. De sobrevivir, el poeta hubiera podido comprobar cómo, aunque «humea ante la tumba la alegría», siempre «los instintos refluyen a sus sogas».

Hasta la poesía social de Vallejo se nutre de angustia y de carencias humanas, no de arengas ni de entusiasmos. Los «dolores con rejas de esperanza» perseveran más por aquéllos que por ésta. Él era un poeta dubitativo, que apoya a veces el poema en un «no sé», como renunciando a explicar lo inexplicable. O, dicho de otra suerte: ha convertido en materia poética la congoja y la perplejidad del ser humano, permanentemente desvalido. Todo parece llegar a la poesía de Vallejo desde simas profundas, desde ocultas cavidades de tiempo y sombra. De ahí el valor del verbo *empozar*, que en alguna ocasión emplea. Lo sufrido se *empoza* en el alma; lo vivido se *empoza* en la mirada. De esos pozos insondables nos llegan signos extraños que nos hacen señas y que son «los heraldos negros» enviados por la muerte. Y el poeta, más que rebelarse, se acongoja —repito— no por cobardía, sino por persuasión de un destino. Ni siquiera los poemas más encauzados hacia metas sociales logran —ni se lo proponen— remontar el lastre decepcionado, porque la decepción es una condición, algo consubstancial. En el poema a los mineros —de *Poemas humanos*, conjunto póstumo—, uno de los que más se inclinan al mundo proletario y sus estigmas, ve a los obreros como «creadores de fecundidad» y piensa que «remontan sus ruinas venideras». No remontan las pasadas, sino las *venideras*, lo que no augura un futuro inmediato mejor, si acaso un post-futuro o futuro ulterior al que se avecina. En el «Himno a los voluntarios de la República», una de las piezas más *exteriores*, por así decirlo, una de las más combativas (pertenece a *España, aparta de mí este cáliz*) le oímos alentar con cierto coraje: «Proletario que mueres de universo,/ en qué frenética armonía/ acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente/ tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana/ dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición a tu enemigo». Hay traición y hay muerte en



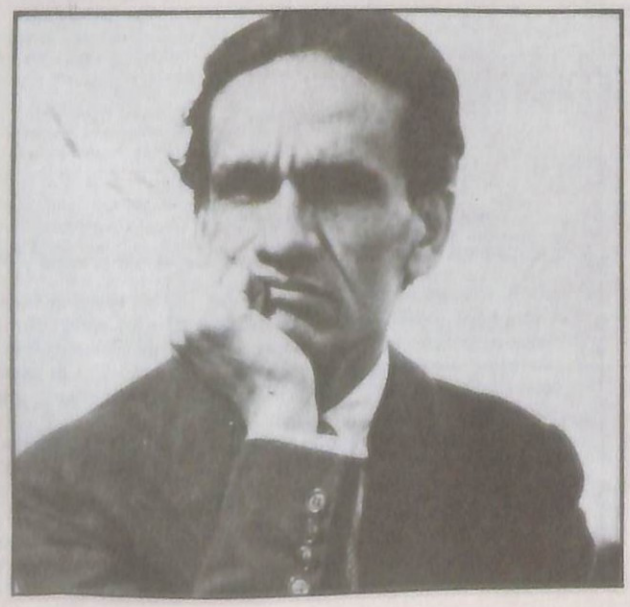
Retrato de C. Vallejo realizado por Picasso

el amor, y una cohorte de labores destrozadas y de enconadas desdichas escolta cada palabra luminosa. Hasta las evocaciones de las figuras antiguas arrastran una cola trágica de destino y de sombra: Cervantes, clamando por su reino en este y en el otro mundo; Goya, rezando de rodillas ante un espejo; Cajal, devorado por su pequeño infinito; Teresa, demandando a la muerte; Calderón, con un anfibio muerto. Todo es una estirpe que se transmite por «amargas contraseñas sin fortuna». Al propio Calderón sigue Vallejo, al ver la culpabilidad del hombre por el hecho de haber nacido.

«El dolor nos agarra, hermanos hombres», dice el poeta que ante todo se detiene a considerar la miseria humana: «Considerando en frío imparcialmente/ que el hombre es triste y tose». Es el mundo, la vida, vistos en clave de congoja, en cuadro de desamparo, de sufrimiento puro. En uno de sus poemas en prosa, titulado casi sarcásticamente «Hoy voy a hablar de la esperanza», nos dice que no sufre por ésta o aquélla razón: «Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente». Es esa extensión del sufrimiento total lo que precisamente le hace solidario y profundamente comunicativo, como desde una raíz unificante y total, que hace hermanos a los hombres frente a la injusticia.

La tesitura dolorosa nace ya en el personal clima de ascendencia modernista. Había muerto Rubén Darío poco antes de que Vallejo, con 25 años, siguiése sus pautas «llorando versos» por una luna imaginada dentro de «una copa de vino azul». Sonetos melancólicos donde incrusta pedrería rubeniana y rosas negras. «Y Darío pasa con su lira enlutada». Pasa, en efecto, y en un texto de 1926 (número 1 de «*Favorables*. París. Poemas») niega magisterio a Unamuno y a Ortega y se lo reconoce a Rubén. Pese a esta dependencia, una sintaxis muy personal está ya apuntando, y el vocabulario se hace dramático, como cuando en los alejandrinos melodiosos y casi plácidos aparece la palabra *hueso*, cuya rima con *beso* se hace lúgubre. Todo conduce la tristeza infundada y soñadora, propia del simbolismo, hacia una tristeza grave, no producto de tesitura ocasional, sino de raíz; no de «pose» estética, sino de huella existencial. Lejos, además del cosmopolitismo de los modernistas, Vallejo se apoya en la tristeza del indio. El Vallejo inicial ya constata que vamos «al crudísimo día de ser hombre». Busca en el amor la libertad contra lo ciego, contra lo *fatal*. Si esta última palabra nos trae a la memoria al Darío que cierra *Cantos de vida y esperanza*, en Vallejo no tiene trascendencia metafísica, sino congoja vital.

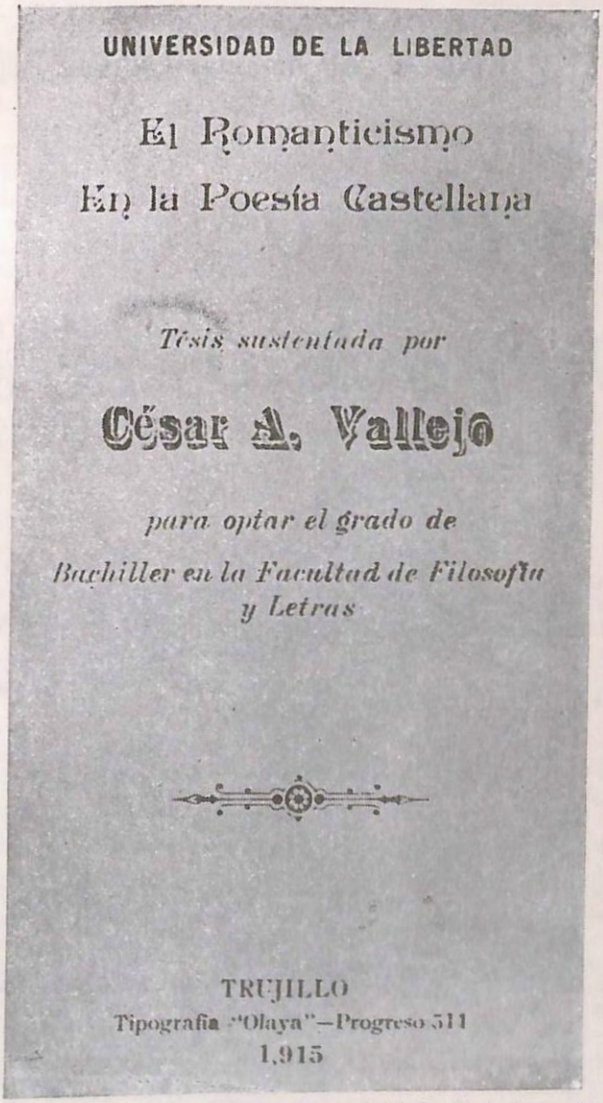
Hay en el modernismo un rastro de fe perdida que escora el poema al desgarro de una blasfemia más bien venial, como acariciadora del pecado. A ese trasluz cabe mirar el verso de Vallejo: «El amor es un cristo pecador». Pero la verdad es que al peruano se le transparentaba un poco lejana formación religiosa, manifestándose no en actitudes, sí en alusiones a motivos bíblicos o evangélicos. Sin salir del primer libro y sin recapitularlos todos, daríamos con más de quince o veinte ejemplos. «Gestos que son férreas cegueras de Longinos». «Ha nacido el niño Jesús de tu amor». «Un viernes santo más dulce que ese beso». «Tus ojos de Magdala». «Alguna Ruth sagrada y pura». «Como un obispo triste». «No he ido nunca al Jordán». Y así otros muchos, que pueden culminar en un Dios asociado al vendedor de lotería. Por supuesto que todos estos rasgos religiosos se encuentran desacralizados, desposeídos de sentido místico e incorporados a un nivel de lenguaje cuasi coloquial. Es una humanización que acaba, en algún punto, por divinizarse, paradójicamente, cuando, en el poemas «Los dados eternos», se atribuye al hombre la única condición divina posible, por ser el que sufre; Dios no puede serlo porque no padece. En semejante poema, fuera ya de cualquier tópico de época, aparece la congoja, tan suya, con esta amarga teoría: la vida sobre la tierra es una noche sorda, porque la tierra es un dado roído y romo, que sólo puede rodar hacia una sepultura inmensa. Vallejo ha dado ya con este poema en el vallejismo. A continuación, su corazón irá a pie por caminos vacíos y habitaciones sin juegos de infancia; verá a su padre, abatido, acompañado por las alas blancas de la hermana de la caridad que es la mañana, o pensará que él debió de nacer un día en que Dios estaba enfermo.



César Vallejo, a los 50 años de su muerte sigue viva su poesía.

Poco después escribirá *Trilce*, un arbitrario título para un libro menos arbitrario de lo que parece y se dice. Curiosamente, en un punto echa la vista atrás y se acuerda de sus regustos modernistas: «Samain diría el aire es quieto y de una contenida tristeza». Pero la tristeza, aunque venga de la mano simbolista de Albert Samain (al que tradujo Julio Herrera y Reissig, otro antecedente del primer Vallejo), se hará congoja en las páginas de *Trilce*, porque la inmediata réplica es: «Vallejo dice hoy la muerte está soldando cada lindero».

No se sabe cuál pueda ser la clave de la palabra *Trilce*. En las especulaciones sobre ello, nadie ha dicho que el libro cambió su título inicial a última hora y cuando, al publicarse, el poeta iba a cumplir treinta años. *Treinta* viene de *tri*, y también *trenza* y *trece*. De no ir descaminado mi supuesto, Vallejo vería en sus treinta años una crisis, reflejada


UNIVERSIDAD DE LA LIBERTAD

El Romanticismo
En la Poesía Castellana

Tesis sustentada por

César A. Vallejo

para optar el grado de
Bachiller en la Facultad de Filosofía y Letras

TRUJILLO
Tipografía "Olaya"—Progreso 511
1,915

Portada de «El Romanticismo en la poesía castellana». Tesis de Vallejo en la Universidad de Trujillo. 1915.

en un libro que de crisis es asimismo, y que *trenza* hebras vividas con las obsesivas, cómo los temas de madre, infancia, congoja... y quizá la mala suerte (destino adverso) vinculada al número *trece*.

Igual que los reinos modernistas lo atraen en el primer libro, las subversiones de las vanguardias le contagian en el segundo. Pero por encima —o por debajo— de ello está la vida, la aventura o desventura del vivir. En otro texto de la misma revista citada (editada en París con Juan Larrea), escribió que el poema expone de una forma «obscura o tácita, pero efectiva y humana», y que «las nuevas relaciones y ritmos de las cosas se tienen que hacer sangre, células, algo, en fin, que haya sido incorporado vitalmente a la sensibilidad». Deducimos: tienen que hacerse congoja, que es esa ansiedad indefinible, ese aliento entrecortado de la existencia. Y ahí está: agazapada, trémula, por las esquinas de la sintaxis rota, acorralada por aparentes incoherencias, hasta oscurecida por algún fuego de artificio verbal. Pero existencialmente amedrentada: «No me vayan a haber dejado solo/ y el único recluso sea yo». Pero vistiéndose «el traje turbio de la injusticia». Pero resignada: «La tarde —qué le vamos a hacer—/ se anilla en mi cabeza furiosamente». Pero desolada: «Ya no hay dónde bajar/ ya no hay dónde subir». Pero desorientada: «Nuestro haber nacido sin causa». La congoja, sorprendentemente simbolizada: «Este piano viaja para adentro/ arrastrándose bajo túneles de dolor». Y también ambientada humildemente: «La cocina a oscuras, la miseria de amor».

Tampoco dejan al poeta de *Trilce* las huellas religiosas sobre expresiones connotadas en el Evangelio: «Oh san gabriel haz que conciba el alma», o sepulcro florecido, negaciones de Pedro, domingos de ramos... rastros que llegan a la gravedad de «Dios sobresaltado que nos oprime el pulso». A su vez, la cotidianidad se hace dramática: «Todos los días amanezco a ciegas/ a trabajar para vivir y tomo el desayuno». Se siente la congoja-madre y sus memorias de infancia («y nos quisieron hasta hacernos daño»). Todo como «flecos de invisible trama». Un soportar paciente, porque «es de madera mi paciencia» esperando un domingo infantil, hasta que «se apolilla mi paciencia» y se siente en un «sábado de harapos», deseando «el domingo mudo del sepulcro». Los últimos poemas de *Trilce* son acongojantes y de una intensidad estremecedora. No se comprende cómo pudo pasar a veces este libro por arbitrario o por incoherente.

En *España, aparta de mí este cáliz* (otra huella evangélica) la muerte toma cuerpo. Cuerpo y alma: los versos «Miré al cadáver, su raudo orden visible/ y el desorden lentísimo de su alma» nos confirman, en las correspondencias que se establecen (cuerpo-alma, raudo-lento, orden-desorden), el proceso mortal. Hecha, pues, un hombre la muerte, caemos en la contradicción del hombre como muerte activa. El ser humano está «herido mortalmente de vida» y «la muerte es un ser sido a la fuerza». La muerte, un ser: es una concepción antropológica de la muerte. Por ella se justifica el pleonasmo «cadáver muerto» o la visión de un muerto que sudaba tristeza. Por ella se alza ese verso tremendo, anafórico por cuatro veces: «Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo» en el poema «Masa», donde la solidaridad conmueve al muerto que se incorpora y abraza al primer hombre. La visión escatológica se resume en el polvo: el Padre-polvo, en una suerte de letanía: «Padre polvo que subes de España/ Dios te salve, libere y corone/ Padre polvo que estás en los cielos». La escatología y el amor dan al sexo femenino apariencia de tumba que atrae al hombre.

Muerte y congoja son obsesiones vallejianas desde sus comienzos, hasta sus poemas últimos, dejados inéditos en 1938. ■